



Hendrik Frensch Verwoerd
“Vivir y dejar vivir – por separado”

Hendrik Frensch Verwoerd
“Live and let live – apart”



THIS PAGE INTENTIONALLY LEFT BLANK

Introducción

El 17 de marzo de 1961, en el Club de Sudáfrica en Londres, el primer ministro de Sudáfrica HF Verwoerd pronunció un discurso memorable, aclamado por la mayoría de los afrikáners como la fase final en el proceso de independizarse Sudáfrica del Imperio Británico, reconfigurado como la Commonwealth. Verwoerd planteó el interrogante de cómo los blancos de Sudáfrica podrían mantener su singular cultura en un continente que albergaba valores muy diferentes. Este discurso fue a la vez la culminación del republicanismo afrikáner y de la cuestión de las "relaciones raciales" entre los afrikáners y los ingleses.

La expresión "relaciones raciales" desde hacía tiempo se refería a las relaciones entre los afrikáners y la población blanca de habla inglesa. Desde el final de la Guerra Anglo-Boer y la destrucción de las repúblicas afrikáner (1902), y la creación colonial de la Unión de Sudáfrica (1910), los gobiernos habían tratado de disipar las sospechas mutuas de los dos "pueblos blancos", y dejar a un lado las aspiraciones republicanas. El Jefe de Estado de la Unión era el monarca británico.

En 1948 el Partido Nacional (fundador del apartheid) ganó el poder parlamentario y de primer ministro, comenzó a aplicar el apartheid para mantener alejadas a otras "razas", y dio un nuevo impulso al viejo sueño republicano de los afrikáners. En 1960, mediante un referéndum solo para blancos, se aprobó la desaparición de la monarquía y la creación de una República, dentro de la Commonwealth.

Pero en 1960 la visión del mundo global ya era anti-colonial, por lo tanto republicana, y Sudáfrica había votado a favor de la inclusión de las nuevas repúblicas de la India, Pakistán, Ghana, Malasia y Nigeria en la Commonwealth (desde 1949, ya no era la Commonwealth "británica"). La Sudáfrica republicana esperaba justamente que aquellos a quienes habían votado les permitieran seguir siendo miembro después de convertirse en República. La pertenencia a la Commonwealth había sido una premisa para la mayoría de los sudafricanos blancos que votaron por la República. Sin embargo, después de negarse el primer ministro de Canadá, JG Diefenbaker, a aceptar que Sudáfrica continuara siendo miembro, Verwoerd retiró la solicitud de Sudáfrica en la Conferencia de la Commonwealth de Londres, el 15 de marzo de 1961.

El discurso de Verwoerd fue noticia en todo el mundo. El primer ministro se encontró con una tumultuosa bienvenida a su regreso a Sudáfrica. Nació una república, aunque basada en la raza (no muy diferente en la práctica a los EE.UU. en ese momento), y comenzaba a implementarse el "Gran Apartheid". Provocó también unos treinta años de insurrección de bajo nivel y un creciente aislamiento que culminarían con el establecimiento de una nueva república democrática.

G. Babb y Ph.-J. Salazar.



THIS PAGE INTENTIONALLY LEFT BLANK

En anteriores ocasiones como esta, se le ha prestando especial atención al problema de las relaciones entre negros y blancos en Sudáfrica. Esta vez la maravillosa potencialidad y la variedad de Sudáfrica podrían haberse colocado, justificadamente, en primer plano – este diamante de muchas caras. Me habría encantado recordarles la belleza del paisaje sudafricano: sus montañas, su cielo azul, sus playas de arena blanca y el mar que las rodea, el *veld* abierto, el Karoo árido y abundante, el suntuoso *lowveld*, los viñedos y huertas del sur y el norte, sus tierras de maíz verde, las extensas áreas de cultivo de girasol amarillo, el dorado ondulante de los campos de trigo, las plantaciones de tabaco, los proyectos de riego – fronteras frondosas que se extienden de un horizonte a otro a lo largo de kilómetros de río que fluye lentamente, verdes incluso en el invierno más seco.

Me encantaría llevarles a ver las flores silvestres de Namaqualand, la protea y el árbol de plata del Cabo, y visitar con ustedes antiguas casas de campo, grandes parques nacionales llenos de animales salvajes, desde los antílopes más pequeños hasta leones, rinocerontes, jirafas y elefantes.

Y toda esta belleza y diversidad es una sola faceta, que hoy en día no recibe atención.

Desearía hablar de la prosperidad de Sudáfrica – esta tierra de oportunidades; del desarrollo económico de los últimos 50 años, y de los últimos diez; de las antiguas minas y de las nuevas; de las industrias más antiguas y las más jóvenes, para un mayor desarrollo y preparando para mucho más que está por venir, la expansión planificada de forma sistemática, incluso para los siguientes diez años.

Desearía alabar a inversores previsores, tanto nacionales como de fuera, que ven a través de la niebla, imaginada o no, y que tratan de participar oportunamente en la prosperidad que nos espera en esta parte siempre más estable de África – esta Europa en África, similar a la pequeña franja del continente euroasiático llamada Europa, que difiere totalmente del continente y por lo tanto condujo al mundo a todo lo que es hoy en día.

Desearía hablar de la nueva nación que estamos construyendo – nuestros esfuerzos en el ámbito de la ciencia, el crecimiento de nuestras instituciones educativas, y nuestra labor en prestaciones sociales, todo en interés de todos los sectores de la comunidad.

Por desgracia, los acontecimientos actuales harían parecer poco realista esta descripción del panorama completo y verdadero de Sudáfrica, porque debido a la conferencia que acaba de terminar, la atención de todo el mundo se ha centrado, una vez más, exclusivamente en la faceta de las relaciones entre blancos y negros y nuestra política para resolver el problema político en cuestión. A pesar de que ustedes preferirían, como yo, girar este diamante a la luz del sol para maravillarse ante el titilar de su brillantez, me veo obligado, una vez más, a sostener esta

familiar faceta ante ustedes.

Esto es especialmente necesario debido a lo ocurrido en los últimos días.

Vine a Londres con la convicción de que la *Commonwealth* seguiría en la misma línea que hasta ahora, es decir, un conjunto de naciones totalmente independientes, entre las cuales ninguna es subordinada a otra, y que por lo tanto no interfieren en los asuntos internos de las demás, ni siquiera bajo los falsos pretextos de que estos afectan las relaciones internacionales. La *Commonwealth* siempre se ha basado en buscar puntos de común acuerdo, y en cooperar al respecto de estos puntos, olvidando (dentro de dicha combinación) todas las diferencias, independientemente de lo firmemente que deban expresarse y defenderse en otros ámbitos. Sudáfrica persistió en esa actitud madura a lo largo de esta reunión, como lo ha hecho en el pasado, cuando respaldó sin vacilar la membresía de la India, Pakistán, Ceilán, Malasia, Ghana y Nigeria, a pesar de los boicots y los ataques que sufrimos de parte de estos en la ONU y en otros ámbitos.

En esta conferencia era su deber para con el ideal de la asociación de la *Commonwealth* hacer lo mismo. Por desgracia, algunos de ellos han fallado, por su inmadurez. No entienden la gran visión. Era de mayor agrado para ellos una caza de brujas. El cambio de monarquía a república no tuvo importancia en esto excepto como oportunidad para plantear una cuestión que de otro modo se habría planteado mediante una moción especial, ya fuera ahora o en un futuro próximo.

Sudáfrica estaba dispuesta a tratar de calmar los aires accediendo a un exhaustivo debate sobre sus políticas. Estaba dispuesta a debatir y aceptar una fórmula tras otra, donde de diversas maneras ambas partes podrían concretar su caso en el comunicado público. Esto habría permitido a los opositores de la política de Sudáfrica, que habían atacado dicha política anteriormente y en público muy locuazmente para demostrar a sus países que habían persistido en estos ataques, y que el hecho de que Sudáfrica siguiera en la *Commonwealth*, no significaba en absoluto que toleraban o aceptaban la corresponsabilidad de sus políticas.

Retener la membresía se habría debido únicamente a la posición puramente constitucional. Estábamos dispuestos a aceptar, en el interés de la *Commonwealth*, cualquier propuesta semejante, por muy desagradables, y a nuestro parecer equivocadas, que fueran tales declaraciones sobre la política de un país miembro, y a pesar de que pudiera ser perjudicial para Sudáfrica.

La actitud conciliadora de Sudáfrica debe haber sido una decepción para nuestros atacantes, quienes, de una manera mucho más hostil que antes, comenzaron entonces a hacer más demandas. Ahora querían que el comunicado contuviera, más allá de la expresión de sus opiniones, la adición - al final de lo que sería una

resolución condenatoria conjunta - y la formulación (como principio de la *Commonwealth*) de que su carácter multirracial no solo debería ser respetado en las relaciones entre naciones, tal como lo hacemos todos, Sudáfrica incluida, sino que esto debería aplicarse también a las políticas internas de los miembros constituyentes.

Se tendría que aplicar de tal manera que la plena integración fuera la única forma que le haría justicia a tal principio. Esto no solo constituiría una interferencia en asuntos nacionales, también supondría la desaparición de los derechos del hombre blanco y de los grupos minoritarios de color en Sudáfrica.

Yo no podría aceptar esto para Sudáfrica. Sudáfrica no podría seguir siendo miembro con una fórmula de este tipo sin estar bajo un ataque continuo por permanecer bajo falsos pretextos.

Pero esto no fue todo. Se nos dejó claro que si permaneciéramos, sería bajo la amenaza de una propuesta de expulsión, tarde o temprano, o incluso en cuestión de días. Aún no satisfechos con esto, varias naciones afroasiáticas dieron aviso de que si Sudáfrica conservara, no obstante, su membresía, tendrían que reconsiderar su propia afiliación.

En tales circunstancias, debe quedar claro a todo el mundo que no fue por no ser complaciente, sino que por dos aspectos me sentí empujado a tomar esta decisión. Tanto el honor de Sudáfrica como las consideraciones prácticas que implica para Sudáfrica hicieron inevitable la decisión de retirar la indicación de nuestro deseo de conservar la membresía.

Además, debía tener en cuenta la desagradable posición en la que quedarían nuestros amigos, y sobre todo el Reino Unido, si les obligara a decidir al respecto y tal vez a elegir entre miembros. El único método honorable y amistoso de resolver el problema era tomando la decisión que tomé, por muy duro y triste que sea. En estas circunstancias es muy injusto atribuir mi posición a una obstinación insensata e innecesaria.

Y ahora, ¿qué se avecina?

Para el Reino Unido, la oportunidad de mantener unida, a su manera, y si puede, la nueva y cambiante *Commonwealth* de naciones cada vez menos blancas. Puede intentar hacerlo sin la vergüenza de Sudáfrica con su política de crear oportunidades plenas pero separadas para blancos y negros. En realidad, debería hacerse especial hincapié en el futuro, así como hacemos nosotros, en el hecho de que las personas blancas de África, al ser una minoría, de ahora en adelante son los que tienen más necesidad de atención y justicia.

Para Sudáfrica y el Reino Unido y los otros viejos amigos, esta decisión significa

una nueva oportunidad. Estos deben buscar desarrollar de otras maneras, libres de los antiguos problemas, grandes lazos de amistad y cooperación para el beneficio mutuo. Ya estamos trabajando en esta línea. Tal vez sea mejor así, ya que desaparecen las fuentes de posible enfrentamiento en la mayoría de situaciones difíciles. Nuestro comercio y acuerdos bilaterales, incluido el mantenimiento de los acuerdos de comercio preferenciales. La membresía de Sudáfrica en la zona esterlina, y el valor de nuestra producción de oro, los acuerdos de defensa con respecto a un enemigo común, etc., no tienen por qué sufrir cambio alguno. Pueden volver a ser aprobados de la manera que encuentren adecuada nuestros expertos.

Esta es una seguridad reconfortante. Nos necesitamos los unos a los otros. No perjudicar la amistad y mantener los muchos intereses tan vinculados a nuestro beneficio mutuo, es política sabia, y confío, y tengo razones para confiar, en que se convertirá en una práctica sabia. Nos iremos de Londres satisfechos de que lo que pasó, debía pasar, y que nuestros países y sus líderes siguen siendo mejores amigos y más comprensivos que nunca.

A los efectos de lo que tengo que decir sobre las relaciones raciales voy a suponer que se tiene un amplio conocimiento de los detalles de la política gubernamental de desarrollo separado. Hoy parece más necesario hacer frente al contexto más amplio de esta política, su moralidad y propósito. Mi razón para este enfoque es que, a mi parecer, el mundo en general y su propio público ha aceptado, aunque a regañadientes, que Sudáfrica ha hecho y está haciendo más por el bienestar de su población no blanca que cualquier otro estado en África.

De hecho, parece que ya se está notando que las naciones asiáticas e incluso otras de Europa o América del Sur se quedan atrás, a veces muy por detrás, de los logros alcanzados por Sudáfrica en este sentido en cuanto a sus bantúes. Sudáfrica en verdad ha progresado mucho en educación y formación para las profesiones y oficios de todas sus comunidades, en los servicios de salud para todos, en la vivienda, en ingresos per cápita, en los servicios de salud para todos, en la vivienda, en ingresos per cápita, en el ámbito de los servicios cada grupo los provee a su propia gente, provee incluso comerciantes, administradores y profesionales de todo tipo.

Otros países reivindicarían y recibirían, justificadamente, crédito por crear tales beneficios materiales y grandes oportunidades para el desarrollo general de sus masas. Es solo en el caso de Sudáfrica que todo esto se desechó con la declaración insulsa de que todo esto no vale nada si se mira a los receptores como seres inferiores a quienes se les niega la participación en el gobierno.

No sirve de nada hacer hincapié en que la política del Gobierno no se basa en que las personas sean inferiores, sino en que son diferentes; o señalar que un miembro de un Estado africano apenas puede contarse como afortunado si viste

harapos, tiene poco que comer, tiene un salario bajo, tiene poco empleo continuo y vive en una choza, si la única compensación por todo lo que le falta y lo que sufre es que puede votar.

¿Satisface y ayuda el voto a las personas si las masas ejercen tal voto sin mucha discreción personal porque no saben nada de política, o porque un casi dictador negro o una camarilla medio educada con orientaciones políticas exige una lealtad ciega para mantenerse en el poder?

Es esta distorsión de los valores a los ojos de los críticos ciegos o con prejuicios, que juzgan de lejos y de acuerdo a su propia experiencia privilegiada y estado avanzado, lo que da lugar a la injusta y desfavorable condena de Sudáfrica. La falta de perspectiva lleva a declaraciones sin sentido, como las siguientes, que he extraído de sus periódicos:

¡Sudáfrica discrimina injustamente y odia a su gente de color! ¡La política del gobierno pisotea los derechos de los negros, a quienes consideran inferiores!

¡Las promesas de Sudáfrica en cuanto a sus objetivos e intenciones para el desarrollo de sus personas no blancas son deshonestas! ¡Sudáfrica desea mantener la supremacía blanca en todas las zonas de blancos y negros y no está dispuesta a conceder ningún derecho político a los no blancos en ningún ámbito! ¡Sudáfrica quiere mantener a los no blancos en la posición de ciudadanos de segunda clase, que nunca participarán en ninguna forma de gobierno!

¡Sudáfrica debe proporcionar un modelo para el futuro y este no debe contener ningún otro objeto final que la dominación por parte del hombre negro, que el hombre blanco debe conceder si quiere que se le permita vivir ahí en paz, a pesar de que entonces pierda el voto o su valor!

Se le puede dar una respuesta a cada una de estas, y muchas otras, acusaciones escandalosas y críticas injustas, que además no tienen en cuenta un gran hecho fundamental: que el hombre blanco de Sudáfrica tiene tanto o quizás más derecho a la justicia y trato justo y al autogobierno, en sus áreas. Para juzgar la moralidad de una política hay que recordar que en toda ética se debe alcanzar un equilibrio entre los diferentes valores, diferentes derechos. El derecho absoluto para uno puede significar tremenda injusticia para el otro.

Deseo hacer frente a estas afirmaciones, ya sea directamente o por implicación, y comenzar declarando el dilema de Sudáfrica. Su problema es único. En ninguna parte del mundo y nunca, en toda la historia, se ha desarrollado una situación similar. Por tanto, la solución también debe ser singular. Y sin embargo, todo el

mundo, en todas partes - ya estén bien informados o bastante desinformados - quiere imponer ideas y principios teóricos o soluciones que resultan o se consideran útiles en otros ámbitos, en esta situación tan diferente. Permítanme presentarles una descripción amplia de los factores que intervienen.

Hace más de 300 años, dos grupos, uno tan extranjero en Sudáfrica como el otro, se encontraron en pequeños números en lo que eran tierras prácticamente vacías. Ninguno colonizó el país del otro, ni le robó mediante invasión y opresión. Cada uno se asentó y poco a poco amplió sus asentamientos, y en general cada uno buscó un lugar diferente para hacer su vida. Hubo enfrentamientos y guerras fronterizas, y fueron conquistadas zonas fronterizas, pero desde entonces el hombre blanco ha añadido, y sigue añadiendo, más tierras a las zonas bantúes, tomando de las que él ocupó y pretendió tomar como suyas.

Por tanto, el primer factor es que no hubo colonialismo, solo asentamientos separados de cada grupo, casi simultáneamente, y cada uno tuvo la oportunidad de desarrollar su tierra para servir a su creciente población durante más de 300 años. El hombre blanco hizo esto, pero el hombre negro no, y el hombre blanco no hizo uso de su poder para invadir y adquirir las tierras del hombre negro. De hecho, solo en Sudáfrica, el hombre blanco las reservó a propósito para este e intentó (por lo general en vano) capacitarlo para hacer el mejor uso de esas tierras, como hizo con las suyas, y a tan buenos efectos que el hombre negro vino a él buscando empleo, comida y las cosas buenas de la vida, y no para conquistas políticas.

Por tanto, el hombre blanco no solo tiene una participación indudable, y derecho a la tierra que transformó de *veld* despojado y valles vacíos y montañas aisladas en un estado industrial moderno, sino que de acuerdo con todos los principios de la moralidad era suya, es suya y debe seguir siendo suya.

Es cierto que con el tiempo recibió en su país a un número creciente de gente de raza negra. Algunos huyeron a él en busca de protección, expulsados de su propio país por las luchas internas y la mano dura de tiranos. Muchos vinieron a él buscando alivio del hambre o atraídos por las brillantes luces de las ciudades o por el deseo de dinero o las cosas buenas de la vida.

También es cierto que en otros lugares los inmigrantes de un país a otro podrían convertirse en ciudadanos con plenos derechos políticos bajo ciertas condiciones. No se debe olvidar, sin embargo, que por esa misma razón estos países podrían (y así hacen) racionar y restringir el acceso a números que no modificarían el carácter de la nación o el control de su país, su cultura e ideales o su propia existencia.

Sudáfrica no tuvo necesidad de ejercer este control y podía ser muy liberal, dando entrada y facilitando ayuda y una vida mejor para todos los que entraban, incluso

ilegalmente, ya que tales consecuencias no se veían en el panorama sudafricano.

Los no blancos que entraban en el país del hombre blanco o las zonas urbanas, venían exclusivamente a buscar empleo, seguridad, salud, educación, todo lo cual lo proporcionaba gratuitamente el hombre blanco. Y estos conocían, pero no esperaban, ni siquiera consideraban, los derechos políticos.

Por lo tanto, no existía la cuestión de robar al hombre blanco su país a consecuencia política de tal entrada en grandes números, o por el crecimiento natural de su población bajo la protección y el cuidado del hombre blanco. Así era en todo el mundo. Particularmente como resultado de su etapa de civilización, nunca se contempló que su presencia presionaría un día a los hijos de los colonos pioneros blancos de tierras vacías, a entregar sin protesta y sin resistencia todo su patrimonio a estos recién llegados y protegidos.

De hecho, parecía entonces que para siempre los blancos, como custodios, incluso tendrían que gobernar el país del hombre negro como parte del suyo propio en su interés, porque no podía estar lo suficientemente desarrollado para hacerlo adecuadamente por sí mismo. Por tanto, este hombre blanco dejó continuar la afluencia hasta que fue superado en número, cuatro a uno. Incluso ahora, en contra de su voluntad, flujos de inmigrantes negros ilegales traspasan sus fronteras llegando de muchas partes de África, debido a los mejores salarios y forma de vida que encuentran en esta tierra de supuesta opresión.

¿Cuál es la solución a este dilema que la historia y el despertar inesperado del hombre negro nos ha entregado? Los teóricos y otros que de lejos no se ven afectados, pero que filosofan muy a gusto sobre la entrega de lo que es propiedad de otros, esperan que el sudafricano blanco regale gradualmente (y sabiendo de que después del primer paso, el ritmo será incontrolable) su país y sus posesiones y, en última instancia, toda su nación y existencia.

¿Dónde queda la moralidad si se exige esto? Si debe haber justicia para el hombre negro, tiene que haber justicia para el hombre blanco y el *coloured* (mestizo) también, que serán ambos afectados y reprimidos.

Los británicos lucharon hasta la muerte por su propia existencia. ¿No entienden ustedes que hagamos nosotros lo mismo? Y nosotros no solo buscamos y luchamos por una solución que significará nuestra supervivencia, buscamos una que otorgará la supervivencia y el desarrollo integral, política y económicamente, a cada uno de los otros grupos raciales también, y estamos incluso dispuestos a pagar de nuestras ganancias un alto precio por su futuro.

El problema moral, al igual que el problema político, es encontrar una manera de salir de esta situación tan difícil y complicada, causada por el hecho de que el hombre negro ya no – a diferencia de lo que ocurría en el pasado – es incapaz ni

reticente a participar en el control de sus destinos políticos. Y ya no hay nadie dispuesto a oprimirle, negándole la posibilidad de realizar tales ambiciones de una manera justa para todos. De nuevo pregunto: ¿cuál es la solución?

En algunas partes de África, donde el hombre blanco en el pasado también gobernó solo, es relativamente fácil encontrar una solución. Aquellos a quienes allí les resulta fácil y no se dan cuenta de la gran diferencia entre las dos situaciones, sienten por desgracia la tentación de querer trasplantar esa solución a Sudáfrica. Me refiero a los países de África, que sin duda pertenecen al hombre negro por asentamiento y herencia, a pesar de que naciones blancas se hicieron cargo de ellos, los administraron y los desarrollaron. Es justo que sus tierras ahora sean políticamente suyas.

Luego hay en África otros estados en los que la solución política no es tan directa o sencilla a pesar del hecho de que esos territorios eran de asentamientos negros y, al menos en teoría, no eran espacios abiertos cuando los blancos se mudaron ahí en un principio. Los blancos también son una pequeña minoría en estas áreas y esto parece respaldar la exigencia de hacer de estas áreas estados negros.

Por otro lado, la mayor parte de estas personas blancas eran auténticos colonos, muchos durante generaciones, y no puede negarse el hecho de que el desarrollo y la prosperidad de estas áreas hoy son enteramente el resultado de su inversión en iniciativa, trabajo duro y capacidad administrativa. En ese sentido, también es suyo el país, o al menos algunas partes lo son, y ellos o sus parientes en la madre patria han gobernado solos hasta ahora. ¿No tienen la justicia y las exigencias de la moralidad nada que decir sobre los derechos primarios de estas personas de raza blanca?

En la primera planificación se aceptó que sus derechos debían ser plenamente protegidos y así nació la alianza. Se pretendió, durante mucho tiempo, que en esta alianza los negros en realidad serían el socio de menor rango y el control continuaría en manos de los blancos como socio principal. Las advertencias no hicieron mella en los gobernantes extranjeros, de que esta teoría no iba a funcionar de esa manera, resultando inevitablemente en que las mayorías negras pronto vinieron a exigir, y están recibiendo rápidamente, el derecho a lo que equivale a un control total, y al hombre blanco se le está sacando de la política a todos los efectos.

Además, este último debe esperar perder sus posesiones y ver las granjas que se ganó a pulso, áreas y empresas bien desarrolladas, caerse a pedazos cuando tenga que irse, ya que se da cuenta que es inevitable. Es en estos aspectos que los colonos blancos sienten que los países matriz los han dejado en la estacada.

Por lo tanto, ninguna de estas soluciones sería adecuada para la situación tan diferente de Sudáfrica que se ha descrito. Los blancos no solo son menos

superados en número que en cualquier otro lugar, y no solo reclaman la tierra vacía establecida por sus antepasados como realmente suya, sino que saben que si dan paso a una forma preliminar de alianza, llegaría el fin de la civilización blanca en Sudáfrica también – y la civilización blanca en el mundo perdería su única ancla en África. Las lecciones de los sucesos expuestos anteriormente son claras. Olviden la palabra "*apartheid*". Olviden cualquier término con el que se describe una política, y pregúntense simplemente qué harían ustedes en tales circunstancias.

Hay tres posibilidades. Una es que las personas de raza blanca de Sudáfrica se sacrifiquen a sí mismas, sus posesiones y las generaciones venideras. Pueden hacerlo mediante la rendición al gobierno negro, aunque se convirtiera en una dictadura, y evacuando del país a sus ancestros, o quedándose y convirtiéndose en una parte indistinguible de una nación negra. ¿De verdad elegirían esto si se tratara de Inglaterra?

Otra forma es engañándose a sí mismos, haciendo concesiones aparentemente menores, con la esperanza de evitar el terrible día, y que tengan que sufrir los hijos y nietos de uno, pero no uno mismo. Esto podría hacerse mediante la aceptación de algunas personas de raza negra en el Parlamento y en todos los ámbitos de la vida en la comunidad, con la esperanza de que su egoísta satisfacción de vida en la comunidad, con la esperanza de que la egoísta satisfacción de su propia ambición prevenga que desarrollen y lideren las ambiciones de sus masas.

Y si esto no ocurre, ¿entonces qué? Si su lugar en la alianza como socio de menor rango llevara rápidamente – muy, muy rápidamente – a exigirse también en Sudáfrica la dominación exclusivamente por parte de los negros, ¿el hombre blanco debe luchar o rendirse? ¿Y en qué momento habría de reconocer que su sutil intento de retener el poder ha fracasado?

De hecho, este segundo método de resolver el problema no resuelve absolutamente nada. Solo significa que la lucha por el poder sigue y sigue, mientras que el gobernante blanco de hoy deja transcurrir las cosas hasta que tira la toalla, como antes, o se encuentra finalmente luchando en la última, o casi la última, zanja para su autopreservación.

Hay otro método, sin embargo, y es tomar ejemplo de las naciones: vivir y dejar vivir – por separado. ¿Alguien en el Reino Unido aceptaría, como ideal para la *Commonwealth*, que dicha nación se convirtiera en un estado con un gobierno central, controlado únicamente por el número de personas y no por el mérito de su país como estado líder, menor en número pero grande en experiencia y conocimiento?

Ese estado multirracial, que incluiría la provincia que sería entonces Gran

Bretaña, sería necesariamente regida desde la India, estaría bajo el control mayoritario de aquellos cientos y cientos de millones de no europeos concentrados allí, reforzados por otros dispersos por el mundo.

Por supuesto, lo descartan como una tontería, pero ¿por qué Sudáfrica tiene que aceptar eso para sí misma, a menor escala? Preferimos que cada uno de nuestros grupos de población se controlen y gobiernen a sí mismos, tal como hacen las naciones. Así podrán cooperar como en una *Commonwealth* o en una alianza económica de naciones, según corresponda.

¿Qué tiene de malo? ¿O qué hay de malo en que durante la fase de transición el custodio mantenga la control y enseñe y guíe y supervise cuando sea necesario? Esto es el desarrollo por separado.

Sudáfrica procederá con toda honestidad y justicia para buscar – aunque por necesidad mediante un proceso gradual – la paz, la prosperidad y la justicia para todos, siguiendo el modelo de las naciones que en este mundo moderno significa la independencia política, junto con la interdependencia económica.

